



Capítulo 1

JUNIO DE 2019

Rocío salió de la habitación con los ojos llenos de lágrimas; las discusiones se sucedían unas a otras, sin que nada cambiara. En el tocador del antebañó, se mojó el rostro, pero, al mirarse al espejo, la sorprendió otro ataque de llanto. Volvió a lavarse, pero esta vez no observó su reflejo. Sentía pena por sí misma; había agotado todas sus fuerzas. Atravesó la sala de estar de su casa en un instante; siempre le había parecido demasiado pequeña, así que tenían planes de agregar, al menos, una habitación más.

Pero ahora... para qué, pensó profundamente abatida. Ya nada tiene sentido.

Recorrió el ambiente con la mirada y se encontró con el pequeño cuadro, el último que había pintado hacía un par de años; se veía un ranchito en medio de la pampa, un paisaje sereno, sencillo, pero lleno de color. Sintió un estremecimiento; la angustia invadía todo su ser.

Después de tambalearse peligrosamente, el mundo en el que vivía al fin terminó desmoronándose y solo quedaban los escombros de una dicha que había creído eterna. Se sentía tonta por haber creado ese hogar al igual que una niña arma su casita de muñecas y coloca las piezas a su antojo; mientras otra mano, más fuerte, modifica cada movimiento y decide que eso es lo mejor para todos.

Entró a la cocina poco espaciosa toda pintada de blanco, con los muebles que ella misma había diseñado, del mismo color para que produjera una apariencia de mayor amplitud. Se sentía abatida, sin fuerzas; estaba desbordada. Se sirvió un vaso grande de agua fría y, mientras lo bebía, observó el jardín a través del ventanal. Era de noche, pero una luna inmensa y poderosa teñía de luz todo el paisaje. Había elegido ese lugar para ser feliz, para iniciar una familia con quien creía que sería su compañero para toda la vida y, sin embargo, se había convertido en un perfecto extraño.

Sintió unos pasos detrás de ella, pero se mantuvo inmóvil. Ya no tenía voluntad para seguir luchando. Sabía que esta discusión no era igual a las anteriores; esta era la definitiva.

–Quiero que te vayas –le lanzó a su esposo.

–¿Qué dices? Esta es mi casa también. ¿A dónde se supone que voy a ir? –se quejó Sebastián–. Piensa un poco en mí, aunque sea por una vez.

–¡Qué poca memoria! –exclamó ella con ironía–. Fue un adelanto de herencia de mi madre que ella recibió de la suya; es mía y yo puedo disponer quién vive aquí y quién



no. Tú te tienes que ir, a dónde es problema tuyo. –Luego agregó cansada–: Ah, esta vez no llames a mi mamá; ella hizo lo que pudo, pero no alcanzó. –Hizo una pausa y, con algo de resignación, prosiguió–: Ya asumí que te quiere mucho, hasta diría que más que a mí; y sé que tiene buena voluntad. Entiendo que quiera vernos felices, pero la felicidad no se fuerza, no se manipula... Tampoco se mendiga. Ya lo intentamos, ¡basta! No va más.

–Tu mamá lo entiende muy bien; está segura de que nuestro matrimonio no terminará ¡porque no hay ningún motivo! Si esto no funciona, es porque tú no quieres –intentó aclarar, aún con la esperanza de revertir la situación.

–No, es porque no cambiaste, no hiciste nada, no pusiste nada de tu parte. –Volvió a beber del vaso que todavía apretaba entre sus manos–. Ya no quiero hablar más... todo cae en saco roto.

–Es que no te entiendo –interpuso él–. Yo te he dado todo de mí, ¡todo! No sé qué más esperas, no lo entiendo. –Y con toda energía continuó–: ¿Podrías explicarme?

–Ese es el problema, no me entiendes. No puedes ponerte en mi lugar, sentir lo que yo siento. Aspiro a un poco de compañía, comprensión... empatía, que le dicen.

Rocío guardó silencio; tenía veinte años recién cumplidos y casi todos sus sueños estaban rotos. El dolor se había instalado en su cuerpo aquel día negro de su vida y no había cedido un ápice. No entendía cómo aún estaba con vida, cómo podía ser capaz de respirar, de dejar la cama cada mañana. Sin embargo, su único pensamiento era cerrar

los ojos por la noche y ya no volver a abrirlos. Hay pérdidas que duelen demasiado. Pero él, su esposo, no se vio afectado; siguió con lo suyo como si no hubiera pasado nada.

Sin darse cuenta de ello, había comenzado a llorar; gruesos lagrimones corrían por su rostro, dejando una huella caliente. Con fastidio, se pasó la mano por las mejillas; volvió a observar el exterior. El césped estaba verde y casi todas las plantas habían florecido. *A veces la vida se empecina demasiado*, pensó. Como regresando de un largo sueño, volvió a mirar a Sebastián.

–No sé cómo lo haces –murmuró con un hilo de voz–. Te juro que me esfuerzo, pero no puedo entender cómo logras mantenerte tan sereno, entero, como si todo estuviera igual. –Y, con exasperación, exclamó–: ¿Es que no tienes sangre en las venas?!

–¿Y tú? –retrucó él–. ¿Piensas seguir revolcándote en la desgracia? ¿Hasta cuándo? Yo quisiera que volvieras a ser la que eras, esa joven llena de vida... con deseos...

–¡Sexo! ¡Sexo quieres! –reaccionó llena de ira–. ¿No es cierto? No puedo, ¿entiendes? No puedo. Y supongo que por un buen tiempo no voy a poder. Pero tú no eres capaz de tolerarlo. ¿No puedes ubicarte en mi lugar aunque sea alguna vez?

Rocío sentía que había perdido hasta el deseo de sonreír; a veces, le costaba creer que el sol siguiera saliendo cada mañana.

–Tendrías que hacer un esfuerzo; no puedes seguir así –sugirió él.



Pero la joven siguió su propio hilo, esperando que sus palabras fueran confirmadas:

–Porque eso es lo que extrañas, ¿eh? Solo eso, por lo visto. –El muchacho iba a rebatirla, pero ella lo detuvo–: No quiero escucharte, conozco todos tus discursos. Cada vez que yo te pido algo, o quiero algo distinto, como cuando se te antoja ir a las sierras y yo no tengo ganas porque prefiero quedarme a pintar, ¿qué haces? Te pones en el lugar de víctima. Y eso cansa, ¿sabes? Y no aporta nada; si realmente quisieras salvar este matrimonio, hubieras traído una solución, pero no, para ti todo está bien. ¡Bien un carajo! –estalló en medio de una crisis terrible–. Ha llegado el momento de que aceptes que esto no va más, se terminó; quiero que mañana dejes esta casa. Estoy segura de que, lejos de mí, volverás a ser feliz.

–¡No decidas por mí! –sollozó él, desesperado.

–De ninguna manera –dijo categórica–, decido por mí. Me hace mucho daño estar a tu lado, un ser insensible, frío y manipulador. No es la primera vez que te digo que quiero que salgas de esta casa; me cansé de pedirte que te vayas. Si mañana no te vas, llamaré a la policía, a los bomberos, ¡a quien sea!

Sebastián estaba atónito; no podía creer que estuvieran teniendo esa conversación. Sintió una punzada en la boca del estómago y no pudo identificar su causa. Instintivamente, llevó su puño hacia allí y apretó con fuerza.

–¿A dónde se supone que vaya? –volvió a preguntar presa del desamparo.

–No sé... –titubeó la joven–. Pídele a algún amigo que te reciba hasta que veamos cómo lo solucionamos.

–No entiendo por qué me pones en esta situación, ¡me siento ridículo! –se quejó elevando los brazos. Pensaba que su esposa estaba demostrando lo inmadura que era; ¿cómo podría discutir con alguien que no estaba dispuesto a hacerlo? Dio dos vueltas alrededor de ella y, carraspeando, sentenció:

–Está bien. Si eso es lo que quieres, me iré. Espero que no te arrepientas –pero, al notar que sonó como amenaza, continuó–: bueno, si lo haces, solo tienes que avisarme. Yo sé que el amor que nos tenemos no puede terminarse así como así. Cuando se te pase la locura, avísame.

Rocío, molesta, le clavó la mirada. Él dio la vuelta y fue a buscar una maleta; apenas amaneciera, abandonaría esa, su casa desde hacía tres años, su hogar. Dejaría a su esposa, la primera y única mujer que había ganado un lugar en su corazón.